



## NAVIDAD Y REYES MAGOS

Hace unos días me preguntaba un periodista si la teología de la Navidad había cambiado después del Concilio.

Y yo le contesté con claridad: el núcleo esencial del mensaje que el Evangelio nos recuerda estos días, no puede variar; pero todo lo que va en torno a este mensaje y que se ha adquirido a través de los siglos, no sólo ha variado ahora —o tiene que variar—, sino que a través de la Historia fue cambiando según las épocas. Lo que ocurre es que nosotros carecemos de perspectiva histórica para comprender las transformaciones que siempre se han producido en los hombres; y, por tanto, en su manera de vivir y expresar el hecho religioso.

El núcleo esencial del cristianismo es ser un mensaje de paz, amor, justicia y sinceridad. Pero todo lo que rodea a este mensaje básico, como son la expresión e interpretación humanas navideñas, puede y debe variar.

Los *villancicos* —a pesar de su antigüedad de muchos siglos— no siempre se han cantado. En los países latinos se celebra el recuerdo de los *Reyes Magos*; pero, en cambio, en los países anglosajones y germanos, Santa Claus sustituye a los legendarios Magos de Oriente. Y la televisión acaba de recordarnos que la costumbre de los *belenes* proviene de Italia, y la trajo a España Carlos III.

Incluso a estas festividades las marca la estructura económica de la sociedad con su propia impronta.

En la Edad Media «la ley civil» concedía una serie de facilidades económicas a los hombres que estaban económicamente apurados en esos días. Concretamente a los deudores les facilitaba la suspensión del pago que tenían que hacer a sus acreedores durante toda esta semana de Navidad. Y el gran investigador de la liturgia católica en el siglo pasado, Dom Guéranger, recuerda que se llamaba a ese período de tiempo, «la semana de remisión».

Hoy, en cambio, las deudas no se perdonan —más bien lo que se hace, a veces, es que no se pagan—, y hemos pasado al extremo contrario: a la escalada del consumo, al punto más alto del mismo en el año.

Si en la Edad Media se condenaba el interés económico del dinero por parte de la Iglesia oficial, esto obedecía a una estructura no-capitalista de la sociedad de entonces. Pero en cuanto la estructura socio-económica cambió, la Iglesia estuvo dispuesta a admitir el interés de la moneda.

La Navidad, tal como se celebraba en aquel antiguo período, lleva en sus costumbres civiles la marca de aquella estructura, suavizada sólo por un sentido menos egoísta de la vida que el que actualmente se predica en el mundo. Hoy, en cambio, parece que no tenemos más homenaje de los hombres a lo que representa este Mensaje de amor, justicia, paz y sinceridad que la fiebre del consumo, en una sociedad que se ha denominado con toda razón «la sociedad de consumos».

El recorrido histórico sobre las costumbres de Navidad y Reyes nos daría, como resultado, la observación de fenómenos muy curiosos. El primero ya lo hemos observado: es el cambio de costumbres. El segundo también lo he subrayado: la influencia de la organización económica de la sociedad, en estas costumbres navideñas. Pero se podrían añadir otros, no menos importantes.

Sin embargo, no hemos de olvidar que estos cambios se producen siempre con un cierto desfase, porque hay en nuestro inconsciente una tendencia a la «repetición», que Freud analizó en las últimas épocas de su vida con gran agudeza.

No obstante, el cambio no debe retrasarse, porque se cae, si no, fácilmente en las posturas insinceras que dan un halo de inautenticidad, y hasta a veces de hipocresía, a lo que realizamos mecánicamente sin darnos cuenta ya de su significado.

Creo que es preciso que, con motivo del año nuevo, haya algún tipo de celebración familiar, lo mismo en los hogares creyentes que en los de quienes son no-creyentes. Esto ha ocurrido siempre, porque la misma celebración de la Navidad

provino, fundamentalmente, de la asimilación de las costumbres del mundo pagano, dándoles un giro de 180°. Eso se ve bien claro con la elección de la fecha para conmemorar los cristianos el nacimiento de Jesús. Históricamente no corresponde al día real en que nació el fundador del cristianismo, sino que se tomó escogiendo la que correspondía al cambio en la longitud de los días. Cuando éstos empiezan a crecer —según el historiador católico monseñor Duchesne— se celebraba una fiesta pagana; y el catolicismo aceptó cristianizar esa ocasión, marcando para la celebración del nacimiento de Jesucristo esa época. El catecismo holandés recoge también esta explicación.

Pero si el mundo de hoy tiene un porcentaje creciente de personas no-creyentes, es lógico que todos —sea cual sea su creencia— celebren con alegría la perspectiva que comienza, abriéndose a un nuevo año, realizándolo con motivo de la costumbre medieval-cristiana de la Navidad. Aunque, para ser sinceros, debían olvidar la aceptación del simbolismo religioso de que esta celebración se rodea, para estar de acuerdo con sus propias convicciones. En realidad lo que ocurriría sería la inversión del fenómeno que los cristianos hicieron de asimilación de un costumbre pagana. Ahora serían los no-creyentes quienes asimilarían la celebración de un hecho cristiano, pero —eso sí— de acuerdo con sus convicciones personales y no aceptando de él nada más que el mensaje universal de paz, amor, justicia y sinceridad.

En cuanto a los creyentes tendrían, para ser sinceros, que evitar, a su vez, el aferrarse a algunas costumbres de otras épocas, que hoy nada significan ni para nosotros ni para los que no creen. Entiendo que deben hacer lo que actualmente intenta la Iglesia con la liturgia: la renovación de ritos y costumbres. Y no por un afán de asemejarse al mundo de los no-creyentes, sino todo lo contrario: para poder dar un testimonio a éstos de lo que ellos creen, de una forma que sea significativa y que tenga un sentido claro. En una palabra, deberán hacer de modo que, en sus costumbres y ritos, el mensaje de amor, justicia, paz y sinceridad del cristianismo vaya encarnado y significado en lo que hoy pediría nuestra sociedad contemporánea, y no en lo que pidió la sociedad medieval.

La ingenuidad debemos superarla, no sólo con palabras críticas, sino preferentemente con nuestra actitud convencida.

Hoy sabemos —como dice un cardenal conservador, pero inteligente, como Daniélou— que «la adoración de los Magos, a diferencia del relato de la Anunciación, no se refiere a algo que sea esencial para la fe; por eso podría ser esto (la adoración de los Magos) una creación literaria del evangelista Mateo, inspirada en una idea teológica correcta». Y esto lo dice Daniélou en un libro de divulgación, y no en una obra para especialistas. Se trata del pequeño libro *Les Evangiles de l'Enfance*, publicado hace dos años en París por las ediciones du Seuil.

Por eso tiene que cambiar nuestra actitud respecto a los regalos de los Reyes Magos. Si históricamente es por lo menos dudosa su existencia, no debemos imbuir en las mentes infantiles un hecho que carece de base suficiente, uniéndolo a una serie de emociones que les impresionan profundamente en estos días. Entiendo que el regalo a los niños, como muestra de afecto de los padres y como recuerdo a Jesucristo en los que sean creyentes, es excelente costumbre; pero no el dar la sensación de realidad a unas figuras que lo más probable es que no existieran. Esto podría ser desastroso para el futuro de la fe de los niños, cuando conozcan que su enseñanza religiosa estaba rodeada de falsedades.

Debemos respetar las relaciones humanas y las muestras de afecto sincero, pero no darles nunca un barniz irreal y falso, uniéndolas a hechos religiosos dudosos.

Además deberíamos también los creyentes acostumbrar a nuestros hijos, en esas fechas, a un recuerdo de los grupos humanos, o países, donde este mensaje de cariño no es posible porque se viven unas condiciones de guerra, de injusticia, de egoísmo o de hipocresía que impiden su realización, y recordarles la necesidad de colaborar todos en el futuro para vencer las condiciones inhumanas en que muchos viven.